LA AMANTE CIEGA
EMILI ALBI

Altamarea.
392 páginas. 20,90 euros.

Ernesto está de vacaciones en la playa cuando suena el teléfono y «una bomba de consecuencias fatales» destroza su vida. Su madre le llama para informarle de que su hermana padece ELA. Será la primera de una sucesión de malas noticias: descubre que su padre hizo chanchullos en su galería de arte y ahora le chantajean por eso, su matrimonio se resquebraja... «Qué vulnerable es todo lo que construimos, ¿no? Qué débil. Algo tan líquido y cotidiano como el paso del tiempo es capaz de derruir lo que creemos sólido y eterno», dice el autor. La muerte y el amor llegan para trastocarlo todo. En una de las visitas a su hermana enferma, Ernesto descubre que recibe los servicios de un asistente sexual. Investiga qué es eso y se ofrece como voluntario para acompañar a una mujer ciega, enferma terminal. Lo que Ernesto no espera es la posibilidad de enamorarse en esta novela sobre todos esos tropezones que sacuden la rutina para demostrarnos que seguimos vivos. **V. V.**

LEER MATA
LUNA MIGUEL

La Caja Books.
140 páginas. 9,90 euros.

Por este pequeño ensayo literario (las reflexiones se trufan sobre un relato que parece ficción) desfila una lectora que es bulímica, sumisa, somática, amorosa. Leer no es solo pasear la mirada por unas líneas de tinta (o bits). No es un simple deslizarse por la página, porque de ese viaje rara vez se sale indemne. Leer nos transforma. Y nos transtorna. Puede alergrarnos un día o amargarnos la madrugada. Cambiarnos el modo de ver el mundo y de observar a los demás. Leer revive y mata. Y sobre eso gravita este ensayo de Luna Miguel, que no pone el foco en el escritor ni tampoco en lo escrito, sino en el lector y lo leído. «El verdadero trabajo de un lector no es mirar el desastre, sino recomponer sus pedazos», dice la narradora, lectora voraz, quien defiende que «destruir un libro es amarlo. Dejar marcas y comentarios en él se convierte en parte de la conversación infinita de la literatura». **V. V.**

POR UN TÚNEL DE SILENCIO
ARTURO MUÑOZ

Pepitas de calabaza.
296 páginas. 21,90 euros.

Cuenta Arturo Muñoz que desde adolescente vivió bajo la alargada sombra de ETA, con el temor de que la banda terrorista atentara contra su padre (el escritor Antonio Muñoz Molina). Y que, por eso, cuando la vida le cruzó con Paco Trashorras, un guardia civil granadino que estuvo destinado en el País Vasco en los años 70, supo que ahí había una historia que contar. Él pensaba que la historia sería la de un agente que participó en la detención del terrorista Henri Parot. Pero, a medida que avanza la investigación (no sabe si para cómic, documental, novela...), se encuentra con lo inesperado. 'Por un túnel de silencio' es la hipnotizante narración de cómo se descubre y escribe una historia, con un protagonista/testigo resbaladizo que descoloca y mantiene alerta al lector. Porque Paco habla y calla, cuenta y oculta. Un libro absorbente sobre los años del terror y las acusaciones de torturas en los cuarteles de la Guardia Civil. **V. V.**

'El mundo de Cristina', de Andrew Wyeth, expuesto en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. **EL NORTE**

adictivo», pero en su caso tan impetuoso que se acerca a lo violento, en 'Trilogía de la pasión', volumen que reúne sus tres primeras novelas breves hasta ahora sin publicar en España. Las edita Anagrama, que ya nos ofreció hace tres años la desasosegante nouvelle 'Degenerado', posterior, escrita con el mismo estilo torrencial, asilvestrado, incisivo, de una intensidad inaudita, y encima sostenida. La experiencia al leerla, excéntrica, antisocial, desviada, es brutal («la mente es como un trineo inmundo que nos arrastra por malos caminos», rezaba el comienzo de la novela mencionada), desoladora, a lomos de una sintaxis frenética, compulsiva, como neurótica, y de un lenguaje embriagador, descarnado, sin red.

Ya la portada, detalle de uno de mis cuadros favoritos de la pintura norteamericana, el desazonante 'El mundo de Cristina' de Andrew Wyeth, ilustra a la perfección lo que nos vamos a encontrar y, en la escueta 'apertura' inicial, la autora confiesa que escribió las tres narraciones de forma catártica, «con ánimo de venganza» y «como un ajuste de cuentas». Desde luego, impresiona su disección del amor, de una precisión psicológica que sobresalta, durísima, con escalpelo, sin anestesia ni una concesión sentimental ni sensiblera, desde el expresionismo desquiciante de lo doméstico y familiar hasta el sexo en crudo, los encuentros carnales ansiosos, precipitados, convulsos («cuando mi marido se achicó y salió sentí que palpitaba y aunque lo mordí, lo amé»). Qué bestia. Desquiciada, atacada de los nervios, de continuo en punta, no es menos agresiva con los celos, la maternidad o las broncas conyugales, siempre desde un sarcasmo corrosivo que aplasta cualquier atisbo de ternura. Si ajusta la fuerza de su expresión y abandona aún más el solipsismo y cierto ensimismamiento («escribir es oponerse al mundo»), creo que es una escritora llamada a cuajar grandes novelas.

Harwicz nos lleva hasta lo perturbador y «la puta realidad» mediante la limitación del foco narrativo, mientras que el intento, más abarcador y generalista, de Agustín Fernández Mallo en 'El libro de todos los amores' (Seix Barral) me ha dejado bastante frío. No se le pueden negar la imaginación, el ingenio y la agudeza paradójica o perpleja, hasta configurar, como de costumbre, una propuesta arriesgada y resultona, en extremo original, pero estos valores, por sí mismos, no son válidos si no alcanzan algún sentido, que no veo por ningún sitio. No me convence, desde el condimento científico habitual trufado de extrañeza, la acumulación de digresiones, más bien divagaciones, cogidas por los pelos que establecen una peculiar taxonomía amorosa. Ni este exhaustivo inventario ni los diálogos de una pareja adánica, ocurrentes, casi de besugos, que va alternando al tresbolillo, encajan a mi juicio, o lo hacen de manera muy forzada, en el cuerpo central del argumento, deficiente desde el punto de vista narrativo, que se centra en una matrimonio uruguayo acantonado en Venecia tras el misterioso Gran Apagón que ha desertizado, en los estertores de nuestra civilización, hasta la ciudad turística por excelencia.

Entre tanto acercamiento teórico a la naturaleza de lo amoroso, los hay sugerentes, como, por caso, los que parten de dos versos del poeta exiliado iraní Mohsen Emadi, de una sentencia de Juan Eduardo Cirlot o de la partida que ganó Judit Polgar a Garri Kasparov, pero la presunta novela no creo que lo sea en absoluto y no es que me considere un defensor a ultranza de poética clásica, decimonónica, pues considero que hay hitos admirables, que no se pueden soslayar, de expansión de lo novelístico hacia el ensayo o la poesía, por citar alguno Musil, Bernhard, Handke o Magris, sino que Fernández Mallo, capitán de la Generación Nocilla, se atora al colocarnos como en un batiburrillo su vastísima erudición, a granel, por acopio, sin desbastar, haciendo a mi escaso entender una demostración gratuita que no profundiza en los abismos insondables del amor.

Un personaje de Baxter atestigua que «cuando estás enamorado no hace falta que hagas nada de nada. Estás y punto. Puedes quedarte así callado sin más. No hace falta que te muevas ni un milímetro». Acaso al tiempo, enamorado lector, se me ocurre ahora que puedas aprovechar para disfrutar con los tres libros relativos al amor que acabamos de comentar.

AL PIE DE LA LETRA

CARLOS AGANZO

Versos en órbita

Cada verso es necesario o debe serlo. «Si no rima, ha de moverse con afán de perihelio», es decir, buscando el punto más cercano al fundamento, pero sin salirse de la órbita. Y al encontrar ese punto, o situarse lo más cerca posible de él, prepararse para «trascender la acción», como dice Ignacio Elguero en el prólogo de 'Mitología del agua', de Isabel Hernández-Gil Crespo, flamante ganadora del I Premio Internacional de Poesía Joven José Antonio Santano, convocado en Baena (Córdoba).

Versos en órbita y aproximaciones fónicas, musicales. Pero también pulsiones plásticas, surgidas muy cerca del influjo visionario de Varda, Bergman, Rohmer, Tarkovski o Kieslowski («los colores inasibles del ahora»). E incluso la búsqueda denodada del misterioso «tacto de la palabra». Poesía como conocimiento a través de los sentidos. Y de las intuiciones... Con este cuaderno de bitácora emprende su viaje poético Isabel Hernández-Gil (Madrid, 1999), a la que debe considerarse ya como una voz con timbre propio en el agitado panorama de la nueva poesía española. Apenas intuida en su primera aparición, con los poemas seleccionados para el XXXIV Concurso de Voces Nuevas de la editorial Torremozas, y ahora ya con toda su sonoridad.

Isabel Hernández-Gil

Un viaje poético, el de este libro, que discurre con fluidez desde el primer verso hasta el último. Un vestido de «hilvanes transparentes» en el que el aire, pero sobre todo el agua (la lluvia, el mar, las lágrimas), funcionan como elementos conductores de principio a fin. Agua fecunda que diluye el mundo para darle una nueva vida, y que lo transforma, de alguna manera, en un gran cuerpo orgánico. Los labios, las manos, los huesos de los hombres y de las cosas, en un universo tan vasto que solo se puede abarcar «con lágrimas»... Y frente al cuerpo del mundo, frente a la efervescencia de la vida, la verdad del propio cuerpo y sus sentidos. Un cuerpo que pesa y ocupa su lugar en el espacio. Que se convierte en cárcel («la cárcel de los cuerpos, / que no puede sino habitarse»). Y que trata denodadamente de liberarse de la gravidez, del pecado original, buscando la trascendencia de la contemplación en el instante: «Cuando el hombre trascienda / de sujeto pesado a etéreo universal, / entonces será libre».

La intención, a través de las palabras, de conocer ese tiempo que se esconde detrás de la fugacidad del tiempo. La necesidad de aferrarse («el hombre, al oxígeno, / el pez, a la saliva, / el cigarro al fuego, los dos labios / a un cuerpo apenas suyo») a lo líquido, incluso a lo puramente evanescente, como única manera de permanecer en la transitoriedad del mundo. La vocación de poetizar el estado de las cosas para trascenderlo. Poesía en alto grado de ebullición.

MITOLOGÍA DEL AGUA
ISABEL HERNANDEZ-GIL CRESPO

Ayuntamiento de Baena.
72 páginas.